



Asociación Cultural

LARISQUERA

El Hornillo

57

Segunda Época Diciembre 2022



SUMARIO

EDITORIAL 3

ASOCIACIONES 4

Historia de El Hornillo 9

Tradiciones y Costumbres de El Hornillo 12

LAS FUENTES DE LA MEMORIA 18

OPINIÓN 22

El Rincón de la Cultura 32

POESÍA 35

El Sitio de mi Recreo 36

Si quieres colaborar con La Risquera, envía tus artículos, fotos y sugerencias antes del 30 de marzo de 2023 a:
Asociación Cultural La Risquera (Prensa) 05415 El Hornillo (Ávila)
o a través de nuestro e-mail: larisquera@outlook.com.

Te invitamos a participar en este proyecto.

La Risquera no se hace responsable de la opinión de sus redactores y colaboradores.

Para pagar la **cuota de socio** puedes hacer el ingreso en la siguiente cuenta bancaria:

CaixaBank: ES47 2038 9991 60 3000441204



Cartas al director

Dime señor, ¿porqué están tan mal los caminos?, ¿solo el tránsito vecinal los deteriora?, ¿se puede obtener algún beneficio por el tránsito de vehículos pesados de explotaciones forestales para destinarlos al mantenimiento al menos de los viales que deterioran?, ¿tenemos algún plan?.

Con todo respeto, incluso al sursuncorda,

Michel Campoamor Fernández

EQUIPO RESPONSABLE

Coordinación:
Pablo García Redondo

Fuentes de la Memoria:
Luis Javier Redondo Vega
Jesús María Jiménez Pulido

COLABORADORES

Portada:
Alfredo Corral Redondo
Contraportada:
Dibujos de Serafina Crespo Sastre (Doña Seruque)

Asociaciones:
A.C. La Risquera
Asociación Mayores de El Hornillo

Poesía:
Pedro Jiménez Jiménez

Historia de El Hornillo:
Julio Herranz

Tradiciones y Costumbres de El Hornillo:
Benjamín Pérez Franco
Benjamín Pérez García
Luis Javier Redondo Vega

Opinión:
Mariví Redondo Vega
Juan Luis Blázquez Arroyo
Jesús Blázquez García
Herminio Crespo Moreno

El Rincón de la Cultura:
Raúl Saugar Álvarez

Fotografía:
Equipo responsable

Edita: A. C. La Risquera

Diseño y maquetación:
Reyes Jerez

Imprime:
Gráficas Olimpia

EDITORIAL

La revista La Risquera publica un nuevo número, el 57, después de casi tres años de silencio. El anterior número, el 56, tuvo una edición digital en abril de 2020 pero no se llegó a imprimir. Fue un número muy especial pues la situación anímica y social del país era compleja. Fue un ejercicio de valentía y de honestidad ya que las circunstancias vitales y emocionales de esos días llamaban más a la supervivencia que a cualquier gesto idealista. Ese número se podrá leer en su edición digital en la página web de la asociación cultural La Risquera. Con esto se da continuidad a la publicación periódica de tres números anuales de la revista La Risquera como había sucedido desde diciembre de 2001.

La revista La Risquera vuelve. Y lo hace con la experiencia de haber sido referencia bibliográfica obligada a lo largo de las dos últimas décadas. Si se quiere saber lo que ha sucedido en El Hornillo y su comarca, basta con acercarse a leer las páginas de la revista. En esta nueva etapa se va a seguir una línea continuista, La Risquera depende en exclusiva de la colaboración desinteresada de las personas que escriben en sus páginas. La nómina de colaboradores ha crecido y esto hace que haya más diversidad en el contenido de los artículos. El Hornillo y su comarca es el núcleo sobre el que girará la revista.

La Risquera es un espacio habitable, es un espacio de encuentro y enriquecimiento cultural, de intercambio, pensamiento, creación, arte, cultura y disfrute. Al respecto como medio de comunicación local aumenta la relación entre los vecinos, reforzando su autoestima y seguridad. Por esto urge poner en marcha la emisora de radio local y crear una página web que complementen la labor que realiza la revista. Es evidente que los tiempos cambian y que cada día es mayor la digitalización de la vida. Se camina hacia lo inmediato. Y aunque la revista siempre tendrá un soporte físico en papel pues es imposible sustituir la sensación que supone su lectura, debemos llevar su contenido a otros soportes utilizados por la población más joven que tendrá que ser quien continúe con la idea de La Risquera.

En este número, varios artículos nos hablan de la situación social de El Hornillo. Es obvio que el pueblo forma parte de lo que se ha denominado España vacía, esa parte del mundo rural que año a año se va apagando. Un proverbio popular afirma que cuando se cierra una escuela se abandona un pueblo, porque “un pueblo sin escuela es un pueblo muerto”. Y en El Hornillo la escuela se ha cerrado el curso actual. Revertir esta situación es difícil, casi imposible pues depende de innumerables factores

no conjugables. El momento es importante pues desde la administración central se está fomentando medidas que tratan de mitigar la brecha que se está abriendo entre el mundo rural y el mundo urbano. La cultura desempeña un papel de especial importancia para inducir dinámicas de resiliencia y transformación social, económica y demográfica, así como para mejorar el prestigio e imagen de un pueblo. Las asociaciones culturales van a ser vitales para desarrollar estos procesos.

Y este trabajo necesita el apoyo de todas las personas. Se necesitan medios. La emisora de radio, la página web, la revista, la organización de distintas actividades a lo largo del año requiere de brazos firmes. La asociación cultural la Risquera parte casi de cero. En la actualidad cuenta con un grupo de personas que en agosto de 2022 decidió seguir adelante. Esperamos que con la edición de este número de la revista, el grueso de socios que había en 2020 quieran volver a formar parte de la asociación. En enero de 2023 se normalizará el pago de la cuota anual que es de 25 € y se conformará una nueva junta directiva.

Es Navidad. Desde La Risquera os deseamos paz a los hombres y mujeres de buena voluntad. Seamos portadores de paz por donde quiera que vayamos.

ASOCIACIÓN CULTURAL
LA RISQUERA

Michel Campoamor Fernández

...y volver, volver, volver
a tus brazos, otra vez
llegaré hasta donde estés
yo sé perder, yo sé perder
quiero volver, volver volver...

Vicente Fernández, 1972

Queridos amigos, vecinos y visitantes de El Hornillo, volvemos.

La Risquera, rediviva, rebosa de entusiasmo y os necesita para continuar progresando. El Hornillo es maravilloso y, si no tendiésemos a zancadillearnos, sería un gran pueblo.

Es sorprendente que en este pueblo que solo cuenta a diario con un bar y un comercio, haya habido en los últimos años numerosas asociaciones sin ánimo de lucro: de jóvenes, de mayores jubilados y pensionistas, de mujeres, de cazadores, de voluntarios de protección civil, ecológicas y ornitológicas, vecinales (La Viñuela) y culturales (Actaf y La Risquera). Todas ellas, según su condición, activas y colaborativas con las administraciones públicas en la promoción de eventos culturales, deportivos o musicales y apoyando tradiciones, rutas rurales, ferias, homenajes y su presencia en las fiestas locales. Todo un lujo que mantener para nuestro pueblo de El Hornillo. La Asociación Cultural La Risquera también lo desea.

Todo fluye, todo cambia, nada permanece como decía Herá-

clito. La Asociación Cultural La Risquera vuelve, se mantiene y cambia. Este ser y no ser, sois vosotros, somos y sois vosotros como siempre, pero avanzando en un esperanzador futuro si nos ponemos a ello. Y en ello estamos.

Modernizar la revista La Risquera, como siempre en vuestras manos y a partir de ahora en vuestras pantallas, y actualizar parte de sus contenidos manteniendo los ya tradicionales y celebrados es una primera incursión. Deseamos conocer vuestra opinión sobre posibles acciones (revista, emisora de radio, posible organización de ferias, mercados o rutas turísticas rurales, por citar algunas). Queremos que participéis en ellas, con la revista y en la web y que nos contéis vuestras vivencias para que podamos conocerlas también.

Volvemos y queremos que
vuelvas con nosotros.

Hazte socio.

Michel
Campoamor
Fernández



Y TÚ,
¿QUÉ
OPINAS?

ASOCIACIÓN
CULTURAL
LA RISQUERA

Entrevistas realizadas
por Luis Javier Redondo Vega.

Gloria Crespo Redondo. 91 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta?
Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
La revista La Risquera.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Sí mucho, aunque ya tengo poca vista, pero siempre me ha gustado mucho leerla.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El

Sitio de mi Recreo, etc?
La de las Asociaciones y las fotos.

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva parte de la historia de El Hornillo?
Sí, creo que es muy importante para el pueblo. Hace que recuerde muchas cosas de antes.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
No, me gusta como es.

Victoria Vega Díaz. 86 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta?
Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
La revista y las actividades del mes de agosto. Animan mucho al pueblo.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Sí, suelo leerla cuando puedo.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Los artículos de las asociaciones porque cuentan lo que hacen y las Fuentes de la Memoria. Las fotos son muy bonitas.

5-¿Crees que la revista es un

medio o forma de mantener viva parte de la historia de El Hornillo?
Sí, claro que sí. Se escriben cosas que luego las verán los que vienen detrás.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
No, no cambiaría nada. Está bien así.

Eufemia Crespo Jiménez. 72 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí, claro, por supuesto que la conozco.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta?
Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
Me gustan todas, pero daría prioridad a la revista y a la tv.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Mucho.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Lo primero que siempre se mira son las fotos de las páginas centrales, sobretodo si son antiguas. También me gustan todas las secciones de la revista. Todas tienen su contenido y me parecen muy interesantes.

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva

parte de la historia de El Hornillo?
Sí. Ya ha hecho historia y creo que es necesario mantenerla, siempre y cuando no se traten temas de política ni de religión.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
En principio no cambiaría ni añadiría nada. Me parece muy bien como está. Quizá se podría añadir una sección de debates, pero, creo, que sería muy complicada, por lo que pienso que lo mejor es dejarlo como está.

Pedro Martín Sastre. 80 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí, por las revistas.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta?
Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
Me gusta todo, pero lo que más me gusta es la revista.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
La leo siempre, me gusta mucho.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Lo que más me gusta son las páginas de las fotos. También me gusta cuando la gente cuenta su vida, cómo ha sido su vida. O las entrevistas a personas.

ASOCIACIONES

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva parte de la historia de El Hornillo?
Claro, es una forma de escribir la historia de El Hornillo.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
Me gusta mucho como está. No cambiaría nada. Está muy bien.

Emiliano García Crespo. 77 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta? Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
Están bien todas. La radio me gusta mucho. La escuchas sin perder tiempo. También me gusta la revista porque salen temas de mucho interés.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Sí. Me gusta leer las opiniones y los artículos que tiene.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Me gusta la sección de opiniones, la de medio ambiente. También me gusta mucho ver las fotos antiguas.

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva

parte de la historia de El Hornillo?
Sí. Creo que sí. Se escribe cosas de ahora que luego serán historia.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
Me gusta como está. No cambiaría nada.

Jesusa Blázquez Sánchez. 69 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí, claro que la conozco.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta? Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
Me gustan todas las actividades que hace.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Sí, muchísimo. Te enteras de muchas cosas antiguas que no sabemos.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Me gustan los artículos de las asociaciones, las fotos de las páginas centrales y las opiniones.

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva parte de la historia de El Hornillo?
Sí, por supuesto.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?

Yo creo que está muy bien como se hace y no cambiaría nada.

Jorge Moreno Jara. 55 años



1-¿Conoces la Asociación Cultural La Risquera?
Sí.

2-De las actividades que realiza, ¿cuál es la que más te gusta? Radio, Tv, la revista, las actividades del agosto cultural, etc?
Me gustan todas, pero la que más de todas es la revista.

3-¿Te gusta leer la revista La Risquera?
Sí.

4-¿Qué sección de la revista es la que más te gusta? Artículos de las asociaciones, Fuentes de la Memoria (páginas centrales con fotos antiguas), artículos de opinión, medio ambiente, El Sitio de mi Recreo, etc?
Lo que más me gusta es la sección de medio ambiente.

5-¿Crees que la revista es un medio o forma de mantener viva parte de la historia de El Hornillo?
Por supuesto que sí.

6-¿Cambiarías o añadirías algo en la revista?
Yo añadiría entrevistas a gente mayor, que nos cuentan su vida y su historia.

Luis Javier Redondo Vega



ASOCIACIONES

ASOCIACIÓN “LOS MAYORES DE EL HORNILLO”

Por Eufemia Crespo Jiménez. Miembro de la directiva de la Asociación Los Mayores de El Hornillo.

Queridos lectores, la revista La Risquera vuelve a la actualidad después de dos años muy malos por la situación que vivimos por el COVID. Fueron dos años muy largos, con muchos miedos y muchas preocupaciones por diferentes razones. No nos veíamos, no teníamos relación con la familia, ni con los vecinos, ni con los amigos. Eso ya pasó. Gracias a Dios ya retomamos la vida, más o menos, como la llevábamos antes, aunque a muchas personas de este pueblo les ha dejado muchas secuelas, al verse solas, tristes y sin tener sociedad con nadie. Les ha marcado y les cuesta incorporarse de nuevo a las reuniones o acudir al “Pequeño Centro” donde los mayores tenemos nuestro recreo. Observo que todavía tienen miedo. Espero que se les vaya pasando y todo vuelva a la normalidad.

Los mayores seguimos con nuestra asociación, aunque nos faltan muchas personas que nos han dejado. Los que quedamos deseamos seguir ayudando y participando en todo lo que podamos.

En el verano, en la Semana Cultural, los mayores celebramos nuestra cena de socios, como viene siendo costumbre, en el restaurante de “El Tejar”. Nos reunimos 57 personas y pasamos una noche agradable, y homenajeando al más mayor, en este caso a Dominga Pérez Arroyo.



Entrega del regalo a Dominga Pérez Arroyo.



Dominga Pérez Arroyo.

Tras la cena fuimos a la Plaza Mayor donde disfrutamos de un gran baile.

La asociación de mayores tiene proyectos para comentarlos con el ayuntamiento. Con su ayuda podemos hacer unos cursos sobre la estimulación de la memoria y concentración. A los mayores a medida que pasan los años la mente se nos va deteriorando y nos vendría muy bien ejercitar con ella haciendo actividades.

También llevamos realizando desde hace muchos años la gimnasia de mantenimiento que nos viene muy bien, pero nos gustaría dar prioridad a la estimulación de la memoria. Desde estas líneas pido, si logramos llevarlo a cabo, que participen los vecinos, que no se queden en casa, es bueno salir, dialogar, bromear, reír, cantar, etc., todo esto nos da vida a los mayores. Salgan de casa, la soledad es tristeza, depresión y angustia. Hay que salir y distraerse. Los mayores necesitamos todo esto y más.

No tuvimos la oportunidad de colaborar, ni en las actividades culturales, ni económicamente. Por lo que, después, en la fiesta de Todos los Santos, cuando el ayuntamiento comentó que se haría la “Moragá” en la Plaza Mayor, nos reunimos la directiva de esta asociación de mayores y decidimos que podíamos pagar la limonada, y así, se invitaba a todo el pueblo. Y eso fue lo que hicimos. A los mayores también nos gusta colaborar. Estos años pasados hacíamos las fiestas en conjunto con todas las asociaciones. Espero que retomemos de nuevo las cosas como las hacíamos antes, nos va a costar, pero creo que se puede hacer. Por lo

ASOCIACIONES

pronto, ya empieza la revista La Risquera a funcionar de nuevo para volver a editar y sacar nuevas ediciones.

Hay que recuperar todo, la radio, la televisión, la revista y las actividades culturales. No hay que dejar nada de lado. Tenemos que dar vida al pueblo que se está apagando poco a poco, siendo un rincón precioso para no dejarlo morir. Para ello necesitamos algo que es muy importante, “la unión”, trabajar todos juntos y sacar el pueblo hacia adelante. Es difícil pero se puede hacer con el esfuerzo de todos.

La Risquera tiene que coger las riendas con ganas, haciendo cosas y pidiendo ayuda y colaboración. La Asociación de Mujeres parece ser que lo dejó ya, eran muy pocas personas y no podían realizar los trabajos que siempre hacían: dulces y chocolate en verano para la Semana Cultural. La presidenta, junto con la directiva de nuestra asociación, está pensando en retomarla de

nuevo para que no desaparezca, siempre que se apunte y colabore gente joven para hacer los dulces caseros y venderlos en el Mercado Medieval. Esos dulces gustan mucho a las personas del pueblo y pienso que no sería mala idea, ¿no creéis? Vamos a intentarlo, pero nos tenéis que ayudar y colaborar.

La revista La Risquera es algo muy importante para el pueblo. Aporta sabiduría, entretenimiento. ¡Los recuerdos que nos trae la sección de fotografías! Los artículos son muy interesantes y tienen su encanto, aunque a mí, personalmente, me gustaría que hubiera una sección de debates. Creo que es mejor que no la haya porque pudiera acabar con la revista. Eso no interesa. Lo que tenemos que hacer es recuperarla y que siga viva y fuerte. También están en ellas las tradiciones del pueblo. Vamos a hacer todo lo posible para que siga y participe en todas las fiestas.

¡Qué más puedo decir! Que

las personas que organizan los eventos o las fiestas tienen que ponerse un caparazón muy fuerte y nunca tirar la toalla, por mucho que digan o piensen de ellos. Enhorabuena y ánimo a todos los colaboradores de la revista por continuar con ella. La asociación “Los Mayores de El Hornillo” se pone a disposición de la asociación cultural La Risquera y su revista, para colaborar.

Eufemia Crespo Jiménez



Socias y socios de la Asociación Mayores de El Hornillo.

HISTORIA DE EL HORNILLO

EL HORNILLO EN LOS SIGLOS XVI-XVII (1560-1618)

Metido desde hace algunos años, y especialmente en este último – IV Centenario de la Beatificación y Patronazgo de San Pedro de Alcántara –, en el estudio del Proceso de beatificación de San Pedro de Alcántara, respondo a la petición hecha por Pablo García, de escribir algunas líneas para esta revista, entresacando algunos datos de dicho Proceso.



Imagen de San Pedro de Alcántara.

1.- FUENTES DOCUMENTALES

En el Archivo Vaticano se conservan 12 voluminosos legajos con el único ejemplar hoy conocido de las *Actas de los Procesos de beatificación y canonización de fray Pedro de Alcántara*. Los legajos 4-5 recogen las Actas del Proceso llevado a cabo en la diócesis de Ávila en los años

1615-1618, si bien en las correspondientes a 1615 se transcriben los testimonios recogidos en 1601.

Estos Procesos son una fuente insustituible para conocer la vida y los prodigios del santo, tanto en vida como después de su muerte, la devoción del pueblo cristiano, etc.; pero no lo son menos para conocer la vida de los pueblos cuyas gentes se relacionaron con San Pedro de Alcántara y/o testificaron en ellos.

En los días del 14 al 28 de mayo de 1601 declaran 16 testigos, todos ellos vecinos de Arenas, a excepción de Bartolomé Sánchez de la Jara, de El Hornillo, Toribio González, cura de El Arenal a donde había sido trasladado pocas fechas antes desde El Hornillo, y Alonso Sánchez Carpintero, de Cuevas del Valle.

En 1615 se inicia oficialmente en Arenas la recogida de testimonios sobre la vida, virtudes y milagros de fray Pedro de Alcántara, para su proceso de beatificación: deponen entonces 85 testigos. El 5 de septiembre siguiente se traslada el jurado a El Hornillo, donde declaran otros 11 testigos, de los cuales uno conoció personalmente a San Pedro de Alcántara.

Finalmente en 1618 tiene lugar en Arenas, del 26 junio al 23 de julio, una segunda recogida de testimonios de la diócesis de Ávila,

entre los cuales está de nuevo el ofrecido por el hornillento Bartolomé Sánchez de la Jara.

2.- LOS TESTIGOS Y SUS DECLARACIONES

En mayo de 1601, en las primeras informaciones hechas oficialmente sobre la vida y milagros de fray Pedro de Alcántara, declara, en Arenas, Bartolomé Sánchez de la Jara, vecino de El Hornillo, quien afirma que una noche le enviaron a llamar los frailes del convento, donde se habían congregado el superior provincial y los superiores (guardianes) de las casas de la Provincia descalza de San José, para hacer el reconocimiento de los restos de San Pedro de Alcántara, enterrado, el 19 de octubre de 1562, en la antigua ermita de San Andrés, ahora iglesia del convento. Con ocasión de ello, como reconocimiento por sus servicios a los frailes en su calidad de “hermano”, y por su amistad, se le hizo entrega de una reliquia del santo: un pequeño hueso y unos cabellos, que conservó con grandísima veneración y puso a disposición de las gentes del lugar con ocasión de enfermedades y epidemias, de personas y ganados, y a los que atribuirán los vecinos de El Hornillo diversos prodigios o milagros, a comenzar por la curación de una hija del propio Bartolomé, que estaba a punto de morir por unas fiebres malignas.

HISTORIA DE EL HORNILLO



Santuario de San Pedro de Alcántara.

El mismo día declara Toribio González, que, hasta hacía pocas fechas había sido cura de El Hornillo: confirma la declaración de Bartolomé Sánchez de la Jara y añade que recibió de este, a petición suya, un poco del hueso -reliquia del santo-, “que este tesigo tiene en mucha veneración”.

El 24 de julio de 1615 depone en Arenas, Juan Crespo, de El Hornillo, en relación con la curación prodigiosa, por intercesión de San Pedro de Alcántara, de un hato de unas 200 cabras, entre las que se extendió una enfermedad infecciosa conocida como “la basquilla”. Y declaraciones similares harán seguidamente algunos otros testigos.

El 5 de septiembre de ese mismo año se toma declaración en El

Hornillo a Bartolomé Sánchez de la Jara, que se reafirma en lo declarado en 1601, y a Bernabé Blázquez, quien afirma que conoció personalmente a fray Pedro de Alcántara, a quien él, como todos los vecinos del lugar y cuantos le conocieron, “respetaban y tenían por un gran santo por las muchas virtudes que veían en él”. Y completa su declaración refiriendo que “de muchas partes del Reino se le encomiendan muchas gentes de todas calidades en sus enfermedades y trabajos, por la gran fama que corre de sus milagros”.

En la misma ocasión deponen entre otros, Juan Nieto de Feria y Juana Rodríguez, su mujer, que declaran sobre varias curas milagrosas que habrían tenido lugar en su familia por mediación del

santo alcantarino, y, en especial, la de un hijo suyo, de seis años, curado de unas tercianas dobles al beber un poco de agua tocada en la reliquia del santo.

Juan Ramos de García Ramos afirma, también entonces, que estando su mujer en peligro de muerte por un parto difícil, mandó que fueran a casa de Catalina de Medrano, en Arenas “por un cordón del santo fray Pedro que tiene en su poder. Y, luego que se lo pusieron, su mujer dio a luz sin peligro alguno”.

3.- LA VIDA EN EL HORNILLO

Las declaraciones de los vecinos de El Hornillo, y de otros declarantes, nos permiten conocer algunas particulares de la vida

HISTORIA DE EL HORNILLO

del pueblo en los años 1560-1618. Ante todo conocemos la identidad de algunos de sus vecinos. Sus párrocos son: Toribio González, primero, y Juan Moreno, después; y el sacristán de la iglesia parroquial es: Esteban de Arévalo.

Conocemos también la identidad de dos “hermanos de los frailes” de El Hornillo, acaso Terciarios franciscanos (Franciscanos seculares), encargados de recoger los donativos y, en particular, los que hacían en dinero, los vecinos del lugar para la comunidad de frailes del Convento de San Andrés del Monte (Santuario de San Pedro), en concepto de limosna o como gratificación por algunos de sus trabajos, como la predicación. Estos son: Bartolomé Sánchez de la Jara, que en su declaración de 1618 confiesa que tiene 66 años o alguno más, es hijo de Bartolomé Sánchez de la Jara y María Jiménez, naturales de Guisando, está casado con Ana González, y vive de su hacienda “que valdrá al presente cuatro mil ducados, antes más que menos”; y el segundo hermano/a es la primera mujer hermana de El Hornillo: María Sánchez, esposa de Hernán Sánchez, de la que varios testigos refieren que volvió a la vida colocándola en su caja de muerto sobre el sepulcro de San Pedro de Alcántara.

Ejerce como cirujano –como lo hace también en Arenas y El Arenal, donde tiene su residencia– Diego López, quien se encargó de ayudar al doctor Vázquez en sus cuidados a San Pedro de Alcántara en sus últimos días, haciéndole al santo las curas en una pierna que tenía gravemente llagada.

Al parecer, una parte importante



Imagen actual del Santuario de San Pedro de Alcántara.

de los vecinos tiene cabras y vacas, cerdos y gallinas..., otros trabajan en el campo, y no faltan quienes alternan ambos trabajos. Algunos tienen unos pocos animales, otros tienen rebaños importantes. La economía doméstica depende directamente de estos y otros animales, como caballos, mulos, burros, que con gran frecuencia eran víctimas de epidemias, ante las que ordinariamente no parecía haber otro remedio, como algún testigo afirma expresamente, que el recurso a “saludadores”, a los que el DRAE define como “embaucadores que se dedican a curar o precaver la rabia u otros males, con el aliento, la saliva y ciertas deprecaciones y fórmulas”. Los hornillentos prefieren recurrir a la intercesión del santo fray Pedro de Alcántara y a sus reliquias, a los que atribuyen varias curaciones prodigiosas de sus ganados.

Ciertas declaraciones permiten apreciar una distinción importante entre los vecinos a nivel económico, aunque no parece haber grandes ricos: hay familias que viven acomodadamente con su hacienda y sus ganados, como

la de Bartolomé Sánchez de la Jara y otras; pero hay también pequeños, y acaso mal pagados, zagales y zagalejos, viudas con dificultades para sobrevivir, y pobres de solemnidad, entre los cuales posiblemente estaba María Martínez, a la que se le quemó la casa mientras trabajaba en el campo.

Por el testimonio de Isabel Gómez y Esteban de Arévalo, conocemos algo que reconocen ser “una antigua costumbre” de las gentes de El Hornillo: acudir en Romería el día de San Marcos hasta el Convento de San Andrés en Arenas, para venerar las reliquias del santo fray Pedro de Alcántara y comer en el campo.

Un último particular de interés que quiero traer aquí, es el que nos aporta Bernabé Blázquez, en 1615: él, y posiblemente algunos otros vecinos de El Hornillo han trabajado en la preparación de la madera para la obra que en la iglesia y Convento de San Andrés se llevó a cabo hacia 1591.

Julio Herranz, ofm.

LOS CABREROS EN LA MEMORIA DE EL HORNILLO

Entrevista a Faustino Pinar Redondo (Fausti)



El Puesto de El Pío

El pasado 9 de octubre quedé con Fausti alrededor de un pinchito y una caña en el Bar de El Tejar para que me contase el proyecto que tiene, junto con su hija Lenita, desde la asociación que esta preside -Actaf-, de organizar una excursión a los puestos de cabreros de El Hornillo.

“Una excursión para visitarlos todos, duraría unas tres horas; se sube tranquilamente andando. Luego si hay que hablar y dar explicaciones se va la mañana, y, además hay que tomar el bocata allí arriba que es donde mejor sabe. El regreso a las 16:00 h de la tarde. ¡Perfecto! ...” va reflexionando Fausti en voz alta como

haría un general antes de la batalla.

Además, pretendía escuchar de él la historia de estos puestos y contarla en el primer número de la restablecida revista La Risquera. Da la casualidad de que este número sale en época de Navidad donde tradicionalmente se ha festejado y rememorado la imagen de pastores y cabreros con múltiples referencias en leyendas y villancicos.

Fausti va evocando, con su prodigiosa memoria avivada por su cariño a la historia del pueblo, las familias de cabreros de su infancia (los últimos cabreros

de El Hornillo puesto que este oficio fue desapareciendo hacia los años 60 coincidiendo con una política nacional de repoblación forestal y explotación maderera, más que ganadera, del monte):

“la familia de los Reyes, el Tío Faustino Tomateras que era el padre del Tío Gonzalo (de los Cachiporras), el Tío Gene (Generoso), padre de Domingo Pérez y Julián Pérez, el Tío Román, el padre de Ministro, los Seguirillas, el Tío Bolero y la Tía Carmen Bolera, los Maletas, el Tío Higinio, la Tía Carmen...” ()*

He podido constatar con qué claridad consulta los mapas de sus

recuerdos donde siguen vivos, todavía, los múltiples puestos de cabreros que fueron hogares de personas y ganado de este pueblo. Va desgranando, con detalle, sus nombres y localizaciones:

“La pasada, el Puesto de los Reyes, el Toril, el Puesto de los Cachiporras, el Puesto del Pío, la Choza del tío Bolero, las Chozas del Arroyo de la Iruela...”

A una pregunta mía sobre el derecho de uso de estos puestos, aclara Fausti que:

“El dueño de las cabras no era el dueño del puesto. Lo que pasa es que se respetaba su ocupación. Los pastos procedentes del común del pueblo salían a subasta. Solían ganar la subasta los que más ganado tenían. Por cada vaca se pagaba una cantidad y por cada cabra se pagaba otra cantidad inferior. Tú tenías 100 cabras y pagabas por 100 cabras. No había disputas para ocupar el puesto porque generalmente se traspasaba de padres a hijos y nietos y nadie se metía en eso”.

El modo de vida de los cabreros según se extrae de las palabras de Fausti, era el siguiente:

- Al anochecer, cuando el ganado llegaba al puesto, se ordeñaban las cabras que tenían leche (que no estaban preñadas) y se guardaba la leche en la quesera (una choza con una pequeña reguera que la cruzaba para darle frescor) hasta la mañana siguiente. También aquí guardaban su comida y algún queso que hacían de vez en cuando.
- Luego el cabrero o cabreros cenaban y se acostaban en

su choza mientras que el ganado reposaba en el redil.

- Por la mañana temprano, cuando se venía el día, se ordeñaban las cabras y con esa leche, junto con la del ordeño de la noche anterior, se llenaban los cántaros y los bajaba algún familiar de la familia cabrera en caballerías al pueblo. Llegaban a este entre las 8:30 h y las 9:00 de la mañana y la familia empezaba a venderlo. Podían vender 10-15-20 litros de leche a los vecinos del pueblo, a sus clientes habituales. La gente iba a su casa a por un litro, medio litro o un cuartillo de leche. Había familias que necesitaban poca leche porque tenían una o dos cabras que todos los días llevaba al monte un pastor común para todo el pueblo y que las recogía en La Viñuela o en el Corral Concejo por la mañana y por la tarde; cuando volvían, cada cabra conocía el camino y se iba sola a su casa donde era ordeñada por sus dueños.
- Por la tarde, en verano, hacia las 18:30 o 19:00 ese familiar cabrero subía en caballería de nuevo al puesto con los cantaros vacíos para empezar el ciclo de nuevo. Este traslado se aprovechaba, aproximadamente una vez por semana para avituallar el puesto. El avío solía incluir pan, chorizo, panceta, tocino, huevos y patatas.
- Durante el día, los cabreros, además de cuidar de las cabras, hacían cayadas y muchos otros trabajos manuales. También, arreglaban los regajos que hubiese en la zona, dirigiendo el agua para

un lado y para otro de forma que se regara la hierba que luego comerían los animales. Además, arreglaban los manantiales, los pasos malos que hubiera en los caminos y, en general, cuidaban y mantenían mucho la zona por donde tenían sus cabras.

- Las mujeres a veces acompañaban a sus maridos en el puesto y a veces estaban en el pueblo. Algunas llevaban la responsabilidad principal del puesto.
- También ocurrían muchos ratos de aburrimiento y soledad como muestra la siguiente anécdota que cuenta Fausti:

“Nosotros convencimos a mi madre de que queríamos subir a El Puesto de El Pío, en la Sierra, aprovechando la subida de Daniel con los cántaros de leche para visitar a su hermano Mili (Emiliano) que era el que estaba con las cabras allí. Nos echó mi madre un pan grande y unos torreznos con pimientos pensando en comida para un día, aunque nosotros pensábamos estirlo y racionarlo para estar dos días con Emiliano. Coincidiendo casi con la hora del ordeño, para cenar, sacamos una servilleta grande que contenía todo el avío y la pusimos en el cerco de piedras que hay alrededor de la choza. Cuando nos dimos cuenta, una de las cabras se lo estaba casi acabando de comer pese a la lucha de Emiliano con ella para impedirse. Al quedarnos sin comida pensamos renunciar a estar un

segundo día, pero Emiliano nos pidió insistentemente que nos quedásemos con él para hacerle compañía, cosa que resolvimos conformándonos, para pasar todo el día, con un poco de pan que nos dejó la cabra, sumado a otro poco que Mili tenía, mojado en la leche recién ordeñada en una cuerna.”

Y, para terminar, un cuento de Navidad tipo Andersen, pero en El Hornillo cabrero. Esta es la historia que nos cuenta Fausti:

“Mira yo recuerdo, teniendo unos 6 años, que me subieron a un puesto de cabreros, que le llamamos el Toril, para visitar a una tía, hermana de mi padre. Ella estaba allí con su marido que trabajaba de vaquero para

el Tío Sebastian -el padre del Tío Andresín- que tenía vacas allí. Cerca, vivían, cuidando sus cabras, unos parientes nuestros, que eran los hermanos Domingo y Julián Pérez. Nos subió una tarde Domingo a un hijo suyo, amigo mío, y a mí montados en las aguaderas de una mula como si fuéramos dos cántaros de resina.

Al llegar la noche algo había liado por allí porque no pasamos buena noche, ni mucho menos. Los adultos estuvieron toda la noche rondando de aquí para allá. Los perros ladraban y los animales estaban inquietos. Aunque no le vimos, muy posiblemente, algún lobo acechaba de cerca... nosotros nos mantuvimos acurrucados bajo una vieja manta encima de la pila de pironos y retamas extendidas por el

suelo que nos hacía de cama.”

Nos despedimos Fausti y yo con un buen apretón de manos y elucubrando si El Hornillo, algún día, podría hacer un homenaje a estos cabreros a través de sus descendientes vivos.

* Nota: pedimos disculpas si alguien prefiere no ser denominado por el apodo y aseguramos que no tienen aquí ningún sentido peyorativo sino exclusivamente identificativo.

Benjamín Pérez Franco



LAS NAVIDADES DE LOS AÑOS 1940

Entonces El Hornillo era un pueblo bastante más pequeño que ahora en cuanto a su perímetro de edificios, pero con muchas más personas, unos ochocientos habitantes, que le daban vida y alegría, especialmente cuando los hombres y mujeres regresaban del campo y la juventud y los niños salían a las calles, principalmente a la plaza, alumbrada con bombillas de 15 W, una en cada esquina, donde jugaban, corrían y cantaban, pues en las casas aún no había radio y menos televisión. Cuando llega-

ban las fiestas de San Juan y San Marcos, como se alumbraba la plaza de manera especial para celebrar esas funciones con bailes de gaitilla, era un verdadero acontecimiento de luz, brillo y esplendor que a todos, y especialmente a los niños nos llenaba de alegría.

En el mes de diciembre empezábamos a ir a rondar las casas de vecinos y familiares.

En el mes de diciembre, casi desde el principio, empezábamos, tanto niñas como niños, a ir a rondar a las casas de los vecinos y familiares. Pero antes había que preparar los panderos ayudados por los padres o abuelos, hechos con un aro de madera de una criba vieja y la piel de un cabrito o cordero, que en toda casa había, o en la del vecino y, sobre todo las zambombas, más pequeñas y manejables, hechas con un bote al que se le quitaban las dos bases circulares y después, una se cubría con piel

de conejo, con un punzón afilado atado en el medio de la misma, donde se sujetaba una caña de alcandía de las muchas que quedaban en los huertos después de cortar las puntas para hacer escobas. Con esos instrumentos y almireces y tapaderas de hojalata formábamos la orquesta. En las casas donde cantábamos las coplas nos convidaban a dulces, higos pasados y nueces, rara vez alguna peseta para repartir entre todos, que era lo que más queríamos para tener algún dinerillo que gastar en los puestos de almendras, petardos, etc., que ponían en las fiestas de San Juan, la “tía Pesetera”, el tío “Parreño”, y la tía “Jeroma”.

Las rondas de mozos eran la víspera de la fiesta del Santo.

Las rondas de mozos eran en la noche del día del 26, víspera de la fiesta del Santo, con guitarras y otros instrumentos. Generalmente rondaban a las novias y estas les invitaban a dulces y licores mientras bailaban algunas jotas en la cocina.

La cena de la Nochebuena era muy familiar, donde se juntaban abuelos, hijos, nietos y a veces, también otros parientes. Para preparar estos platos no había tantos sitios donde ir a comprar como ahora, ni tanta variación, pero la matanza estaba reciente y generalmente no faltaba el cochifrito de cabrito o cordero, que casi en todas las casas había de crianza propia, así como pollos o conejos. De postre los mantecados, natillas con copos de nieve por arriba, quizá turrón, aunque fuera de pobre, y las copitas de anís y coñac. Cuando alguna

persona mayor cogía el almirez empezaban las canciones de Nochebuena en la intimidad de la casa, y algunas salían a la calle, pero esa noche no se rondaba a nadie.

Empezaban a cantar un villancico precioso, alegre y único en El Hornillo, porque en ningún otro pueblo se conocía.

El día de Navidad había misa solemne. La iglesia se llenaba. Blas Familiar que era el sacristán, al que se le unía en la tribuna casi siempre Juan Moreno Sastre, cantaban la misa. Lo hacían, muy bien. En el momento de ir a adorar al niño Jesús en su cuna, empezaban a cantar un villancico precioso alegre y único en El Hornillo, y subrayo único, porque sólo se sabía ese y porque en ningún otro pueblo se conocía, hasta que llegaron los sacerdotes del seminario de Arenas y enseñaron otros nuevos. El sacristán y acompañante cantaban las estrofas, con muchos altibajos y voces de tenor y tiple. El estribillo lo cantaba todo el pueblo con mucha alegría.

“Ven conmigo pastorcito que Jesús llorando está. Yo lo canto, tú le tocas y el dormido quedará.

Él que nace en el pesebre en el cielo resplandor tiritando está de frío y abrasado está de amor.”



Foto de rondadores en la plaza de El Hornillo. Diciembre de 1953.

En la fila central: Magdaleno Yuste, Manolo Arroyo, Ramón Pérez y Emilio Blázquez.
Detrás: Toca la pandereta Jesús Blázquez Sainz-Pardo, a continuación Flores (el guisandero), Domingo Crespo y Emiliano Moreno.
El niño es Jesús Jara Palomo, Germán García y otros.
El balcón bonito de hierro es del viejo ayuntamiento, junto a la Calleja de la Muerte y el casillo donde Alfonsa y Juan hicieron su casa.

Benjamín Pérez García



LOS LEGAJOS DEL COVACHO DEL HIPPIE

En un mundo futuro, desconocido, elijo al azar un sendero abrazado por zarzas, retamas y algún que otro pino desperdigado. Paseo a través de lo que dicen que antaño fueron hermosos pinares. Voy deleitándome de naturaleza salvaje, y, bruscamente se acaba el camino en un enorme canchal con vistas de ensueño. Me quedo perplejo por lo que ven mis ojos: en frente la vetusta y rocosa sierra de Gredos que protege por su parte norte un hermoso valle con dos desfiladeros por donde discurren los ríos Cantos y Arenal. A sus pies está El Arenal, a unos tres kilómetros, aproximadamente, hacia el suroeste, rodeado de bancaleras, descansa, en silencio, El Hornillo.

Aturdido ante semejante belleza natural, me siento sobre el musgo que viste un saliente de piedra a disfrutar el increíble descubrimiento. Tras despertar del sueño real, me levanto para retornar de nuevo el paseo, pero, tras de mí observo una grieta cubierta por una cortina de yedra y zarzas, entre dos enormes piedras. Aparto la cortina y accedo a lo que parece un pequeño covacho lleno de humedad. A sus lados hay unas piedras, que según veo, sirvieron de asiento, junto a otras pequeñas piedras que parece que fueron la valla del fuego que calentaba a quienes allí habitaran.

Sin dar crédito del maravilloso

descubrimiento, veo un pequeño hueco que parece lo que pudo ser una alacena natural. Sobre él hay apoyado un longevo objeto de barro tapado por una roca que se ajusta a la perfección a su boca, que tiene impresas unas letras, poco legibles, que, supuestamente, parecen ser la iniciales del nombre y apellidos de una persona. Debajo está inscrito “El Hippiie”. Lo abro con mucho cuidado y dentro, meticulosamente plegado, hay gran cantidad de documentos manuscritos.

Me restriego los ojos pensando que quizá esto no es real, que sólo es un sueño, pero no, sigo con el jarrón de barro entre mis manos. Salgo fuera del covacho y bajo la luz solar extraigo un documento y leo:

TARDE DE CARTAS

Tres días llevaba lloviendo torrencialmente, sin cesar un solo instante. Las fuentes, arroyos y sobretodo el río, habían subido notablemente su caudal. El agua del río bajaba haciendo notar su presencia por el estruendo que proporcionaba su paso por el pueblo. Muchos vecinos habían bajado hasta el puente para ver la impresionante crecida. El agua cubría la fuente pequeña del puente, no se veía ni una sola piedra del cauce del río ¡Qué maravilloso paisaje! ¡Jamás había visto algo tan hermoso!

Eran las tres de la tarde y tomábamos café en el bar, arropados por el apreciado calor que nos proporcionaba la estufa de leña del rincón. Los cristales, empañados, nos aislaban del frío exterior. En torno a una mesa estábamos sentados Fidel, Pedro, Andrés y yo (Fidel, Pedro y Andrés son personajes ficticios que simbolizan a personas del pueblo de entre unos 65 y 70 años de edad).

-¿Os apetece jugar un subastado?
- Propuso Fidel- Somos cuatro.

-Bueno, ¿por qué no?-contestó Pedro- ¿Echamos a reyes o vamos como estamos sentados, Andrés y yo?- preguntó.

-De acuerdo, Andrés y tú- asintió Fidel-. Tú repartes.

Me gustaba jugar con ellos. Casi siempre contaban algo interesante o algún hecho ocurrido en el pueblo. Me atraía su filosofía sobre la vida, los años les habían hecho maestros por la experiencia. Pero lo que más me impresionaba de ellos era el amor hacia su pueblo, El Hornillo, le querían como a ellos mismos.

-Tú sales Andrés-señaló Pedro.

-Ahí va el as de oros. Para que cante mi compañero-, manifestó Andrés a la misma vez que cerraba los ojos ahogados por el humo del cigarrillo que empuñaban sus dientes.



Río Cantos crecido visto desde el puente del pueblo

-¡Uff!, creí que no ibas a salir de as. Un poco más y me quitan las cuarenta- decía Pedro, sonriendo.

-¿Os habéis fijado cómo viene la crecida del río?-les pregunté.

-Sí, es verdad, hacía tiempo que no traía tanta cantidad de agua- contestó Fidel-.

Recuerdo que hace varios años vino tal crecida que derribó el pretil del puente de La Francisca -continuó- y, que desde el puente del pueblo podía casi tocarse el agua del río. Temíamos que se lo llevase el agua y nos quedáramos aislados de Arenas y Guisando. En aquella época el puente era la mitad que el de ahora- aclaró-.

-Tenemos suerte de poseer este magnífico manantial que da vida a nuestros campos, sacia nuestra sed con su pulcro agua y también higieniza nuestros cuerpos y nuestras viviendas- expuso Andrés.

-¿Os acordáis cuando nos bañábamos en el charco de Los Mozos y en el de la Juanilla?-Preguntó Pedro- ¡Qué bellos tiempos aquellos!

-Hablando de charcos-continuó Andrés.- Cuando tenía diecisiete años, estaba con las ovejas de mi padre en La Viñuela y vi llegar a un grupo de soldados mandados por la Pasionaria. Venían a llamar a otros que se estaban bañando en el charco de La Juanilla. Ella les voceó, y al oírla, salieron todos del agua corriendo hacia donde tenían los camiones.

-¿Para vosotros cuál es el charco más bonito y que más os gusta de nuestro querido río Cantos?- Les volví a interrogar.-

-¡El Charco Verde!- contestaron los tres al unísono.

-Me encanta la caja de piedra donde está ubicado- manifestó Pedro, adelantándose a los otros dos-, con su emblemática chorrera, su gran profundidad y el color que le da el nombre.-

-Además- continuó Fidel-, tiene a su vera un precioso centenario pino albar. Es una inmensa mole de madera, que se ha secado sin saber por qué.

-Es el charco más bonito de todo el Valle del Tiétar. Los vecinos de

El Hornillo somos dichosos por tener dentro de nuestro término municipal a esta maravilla de la naturaleza -repuso Andrés-. ¡Es la maqueta natural de piedra más hermosa que he visto en mi vida!

-Bueno, dejemos de soñar y centrémonos en la partida. Antes de anochecer tengo que ir a cerrar las gallinas, no se las coman las zorras - concluyó Pedro-.

El tiempo pasaba y la tarde se perdía en la oscuridad de la noche. Las farolas empezaban a despertar con su luz las solitarias calles.

Terminamos la última partida, me abrigué y salí a la calle. Abrí el paraguas y me dirigí hacia el puente, a la misma vez que encendía un cigarrillo, para sentir y disfrutar la maravillosa crecida que traía el río. La humedad de la bruma, el olor al humo de las chimeneas y el silencio, abrazaban al pueblo mientras la noche ya tomaba forma.

Bajaba tranquilo, por la carretera, acompañado por el agua de la lluvia que se deslizaba, con prisa, entre las grietas del pavimento para llegar a su destino, el río Cantos.

NOTA: Este artículo “Tarde de Cartas”, lo escribí para la revista La Risquera, en su primera edición, número 3, Primavera de 1994, perteneciente a la Asociación Cultural 25 de Abril. Lo he transcrito porque me parece interesante. Todo lo expuesto en el mismo es real. Gran parte de ello me lo contó mi tío, Julián Espina Pérez, de sus vivencias juveniles.

**Luis Javier
Redondo
Vega**



“Todavía un instante, mientras todo se pierde,
la memoria que guarda la belleza de un rostro,
un instante final que se transforma en siempre”



Vicente González, Ino, Rosina, Emiliano, Celsa. 1930



Procesión de San Juan Evangelista. Año 1958



Gilbert Arroyo Barrero. Año 1956.



Tomás Barrero, Isabel Martín e Hijos. Años 60.



Lope Corral y Juana Barrero con sus hijas. Año 1951.



Doña Seruque haciendo el reparto de leche en la escuela. Años 60.



Clausura de las Jornadas de la Sección Femenina. Año 1955.



Equipo de fútbol de El Hornillo. Año 1971.



Mujeres de El Hornillo vestidas de manto. Año 1963.



Micaela Familiar y Alberto González con Beatriz, su hija. París. Año 1968.



Venancio, Gregorio, Grego, Pedro y Elena. En la matanza. Año 1965.



Boda de Alejandro Herrera Pérez y Felicidad Arroyo Moreno. Año 1960.



Alumnos del colegio de El Hornillo. Año 1977.



Procesión de San Juan Evangelista. Año 1967.



Lucinia, Conchita, Juan y Benjamín Pérez Franco con Benjamín Pérez Blázquez. Año 1958



Inocencia Moreno, Juan Pérez y Cecilia Arroyo. Año 1960.

San Juan

Medicina y espiritualidad

Hace poco tiempo me propusieron abordar el tema de la espiritualidad y su relación con la Medicina, concretamente el porqué y el dónde o en quién buscan consuelo espiritual los pacientes, cuando no logran encontrarlo en los recursos humanos o materiales. Particularmente me parece un tema muy atractivo e interesante, tanto por las temáticas que implica como por ser todo un reto para mí, porque el foro que lo demanda es especialmente inquieto, intelectualmente hablando, y muy erudito en ambas materias. Lo acepté. Y lo hice porque creo firmemente, gracias a los conocimientos que he ido adquiriendo a lo largo de mi vida académica y profesional, que existe una relación estrecha e íntima entre ambas áreas, científica y espiritual. Y así se recoge como veremos más adelante, en la literatura científica.

El ser humano es un ente en el que confluyen tres áreas básicas de la existencia: la esfera biológica, la esfera psicológica y la esfera social. Por definición, es un ser vivo que necesita relacionarse para poder vivir, de igual manera que necesita alimentarse tanto a nivel somático como a nivel psíquico. Cada persona es una historia, existen tantas historias como vidas y hay muchas historias dentro de cada vida. Y cada historia humana se forja sobre las relaciones que se dan

entre acontecimientos, sobre las relaciones que se generan entre las personas y las relaciones propias con el entorno social.

Todos, en algún momento de nuestra existencia, somos o seremos pacientes, y en muchos de ella, acompañantes. Y aún más cuando nuestro cometido, como médicos es el de acompañar al paciente en su proceso de enfermar, hasta el final de su dolencia, sea cual sea este final. Por eso, al acudir a una consulta médica con una afección que, a priori, puede parecer banal, además de los síntomas clínicos que manifestamos también llevamos desasosiego, preocupación y, por qué no verbalizarlo, miedo.

Acompañar significa *estar o ir en compañía de otro, existir junto a otro o simultáneamente a otro*. Participar en un sentimiento de otro.² Y es precisamente esto lo que necesita el enfermo. Sentirse acompañado, comprendido, escuchado. Querido. Y todo esto lo consigue refugiándose en la figura que, por excelencia, conecta con nuestro nivel espiritual, así definido por la Dra. Heraso³ y nos acompaña en el evolutivo de nuestro devenir nosológico.

La enfermedad es una situación de indefensión, de debilidad. El sentimiento que reina en el proceso de enfermar es, sin duda, el de

soledad, porque aún si el sujeto paciente esté rodeado físicamente de gente, su sentir más profundo es el de encontrarse inmerso en sí mismo, en su proceso vital o, como recoge el Maestro Ortega y Gasset en su libro *Meditaciones del Quijote*¹, ser él mismo y sus circunstancias. Y es aquí donde cobra plenamente sentido el acompañamiento.

Desde los orígenes de la humanidad, el ser humano ha buscado refugio ante la incertidumbre, la pena, el dolor, el desconsuelo, la enfermedad... Unos lo han hecho buscando amparo divino en la naturaleza, otros en objetos materiales y otros encuentran consuelo en Dios, bien en Él directamente, bien en María, su madre, bien en Santos como San Juan Evangelista, patrón de la Iglesia de nuestro pueblo.

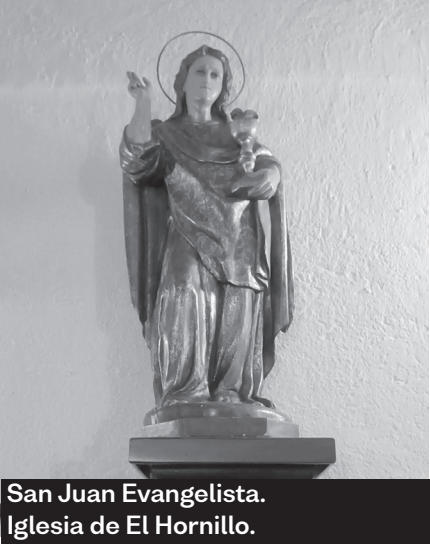
El 27 de diciembre se celebra la fiesta de San Juan Evangelista, patrón de la iglesia de El Hornillo. Para los hornilleros, referente, al igual que San Marcos. Era pescador y tenía un carácter bastante enérgico. Esto le valió que Jesús le apodase "Hijo del Trueno". Su nombre significa "Dios es misericordioso". Ha pasado a la historia como el primer místico. Era valiente, humilde, decidido, reflexivo y servicial, preocupada por los demás. La contemplación de su imagen puede ser refugio en el dolor y en el desconsuelo, porque como

recoge en *El Libro de los Signos*, "los signos, deben ir acompañados de palabras y otros gestos que no son palabras". Escribió el Evangelio llamado "*Evangelio espiritual*"; o "*Evangelio del Logos*". Su estilo y su género literario están llenos de "señales", de símbolos y de figuras que no deben ser interpretados literalmente, pues invitan a aceptar por medio de una fe llena de estupor y de agradecimiento.

Pongo el ejemplo de San Juan porque, en el caso de los enfermos creyentes, la contemplación de un rostro que le transmita sosiego, paz, calma, confianza... ayuda al enfermo a sobrellevar su queja con más tranquilidad, sintiéndose así realmente acompañado. No es que no lo perciba igual si no lo mira. Pero cuando se detiene en su rostro, se reconoce. Identifica la mirada de ternura que sobre él descansa. Percibe la escucha a sus males, siente el acompañamiento, en el silencio de la complicidad, del buen compañero de vida, y su alma se ve reconfortada con la dulzura del calor de su expresión. Es decir, siente que empatiza con él. Y esto lo percibe gracias a la fe que tiene en él, a la confianza que le inspira y a la conexión espiritual tan grande, bien explicada por la Dra. Heraso, que se lleva a cabo en el plano espiritual, el plano de la Vida. Este fenómeno es común entre los pacientes con dolencias agudas. Pero es mucho más frecuente en los casos de entidades nosológicas crónicas.

Esta percepción de la empatía que algunos enfermos vislumbran en imágenes como la de San Juan, puede ser debida al fenómeno que se conoce como "neuronas espejo". Estas células cerebrales se activan cuando alguien ejecuta una acción y observa esa misma acción al ser ejecutada por otro individuo. Están presentes

en áreas cerebrales encargadas del manejo de las emociones (como por ejemplo en el sistema límbico). Esto significa que los enfermos pueden reconocer las emociones de otras personas simplemente observándolas. Esto es muy relevante. Su expresión serena, tranquila, tierna, favorece la mejoría espiritual, emocional, en el enfermo. Así logra sacar fuerzas de lo más profundo de su ser, para seguir luchando contra la patología que le condiciona su existencia cada día, pero que no le impide vivir.



San Juan Evangelista. Iglesia de El Hornillo.

Algunos autores relacionan la genética con la espiritualidad, concretamente Miguel Acosta refleja en un artículo⁴ las revisiones realizadas por el Prof. Carlos Velayos, donde cita que el "*Dr. Dean Hamer, genetista estadounidense, en su obra titulada El gen de Dios, señala que la fe está determinada biológicamente*". Encuentra esta relación a través del gen VMAT2, pues parece, según sus investigaciones, que predispone a la espiritualidad, a pesar de reconocerla como una fuerza omnipresente que podría ser considerada como un instinto. Lo cierto es que, de acuerdo al artículo de Acosta, este gen está íntima-

mente relacionado con la funcionalidad del sistema nervioso central, y por tanto, no es específico de la espiritualidad.

En 2012 leí mi Tesis Doctoral⁵. En ella abordaba la cronicidad desde el punto de vista del adulto mayor, investigando la relación entre el deterioro cognitivo y la depresión en la senectud, considerando como factor clave de esta etapa vital el afrontamiento de los acontecimientos existenciales, entre ellos, las patologías asociadas a esas edades. La muestra estaba compuesta por tres grupos de estudio: ancianos que vivían de manera independiente, longevos que lo hacían en instituciones y aquellos otros que lo hacían con sus familias. Cada grupo afrontaba la vejez, con sus peculiaridades, de diferentes maneras, apoyándose más o menos en el entorno social.

Pero en las tres partes de la muestra destacó el condicionante religioso para vivir más dignamente, con más tranquilidad y confianza la etapa final de su existencia. Todos ellos se refugiaban, en mayor o menor medida, en la espiritualidad como estrategia de afrontamiento activa frente a las vicisitudes de la senectud. Por sexos, mayoritariamente el género femenino se consideraba más practicante. Pero todos buscaban compasión, abrigo, escucha... en la religión. Probablemente acudían al templo a rezar, pero también a sentir la protección divina que la imagen que veneraban ejercía sobre ellos, cuando les envolvía con su compasión y su ternura.

Marivi Redondo Vega



1 ORTEGA Y GASSET, José. *Meditaciones del Quijote*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid. 1914.
2 RAE. (<https://dle.rae.es>). Obtenido de <https://dle.rae.es>: <https://dle.rae.es/acompa%C3%B1ar>
3 HERASO, María Isabel. *Viajeros en tránsito*. Planeta. Barcelona. 2016.

4 ACOSTA, Miguel. "Neuroteología. ¿Es hoy la nueva teología natural?". En *Naturaleza y Libertad*. Revista de estudios interdisciplinares.(15), 2015, 11-51.
5 REDONDO VEGA, María Victoria. *Psicogeriatría: Depresión y Estilos de Afrontamiento*. Tesis Doctoral. Universidad de Salamanca. Salamanca. 2012.

Picando piedra, cuidado con las uñas

Exageración y catálogo (incompleto)

El 12 de agosto de 1898, finalizó la Guerra de Cuba con la derrota de España. Y el 10 de diciembre de ese mismo año, por el Tratado de París, España cedía a Estados Unidos Cuba, Filipinas y la isla de Guam, dándose fin de esta manera al imperio ultramarino español. Aunque hacía mucho tiempo que España había dejado de ser una potencia internacional, el hecho tuvo tal impacto en la opinión pública que inmediatamente corrieron ríos de tinta poniendo el grito en el cielo por la magnitud de la catástrofe y, lo que es más importante, más a largo plazo generó un periodo de honda reflexión sobre el significado que aquello debía tener para el país y, de resultas, qué rumbo convenía tomar en la propia concepción de este y en cómo regenerarlo para salir de la crisis que le atribuían: y a ello se pondrían, con dispar y discutible éxito, los “regeneracionistas”, la que acabaría llamándose precisamente “generación del 98”.

El 30 de junio de 2022 se cerró la escuela de El Hornillo por falta de niños y niñas a los que atender. Aunque hacía mucho tiempo que se veía venir, el hecho no deja de marcar un hito, un antes y un después por lo que significa: un pueblo sin niños más pronto que tarde acabará por no ser un pueblo, sino,

como mucho, el área de descanso conformado por segundas residencias para vacaciones familiares y, a lo peor, un cementerio de elefantes, dicho sea con todo el respeto a los cementerios y a los elefantes que todos somos o seremos.

Sin ánimo de agotar el catálogo, se nos ocurren varias posturas ante la situación:

La **pesimista-melancólica**, que se estanca en la rememoración perpetua de las viejas glorias del pasado, aquel tiempo feliz en que todos éramos más jóvenes y que, por ser recordado y normalmente edulcorado para labrarnos una autobiografía amable, se nutre de aquel tiempo en que éramos tantos o cuántos en la escuela o en aquello que nos contaban nuestros padres o abuelos... Aunque, para que el cuento realmente acabe bien y podamos irnos a dormir tranquilos, debemos pasar por alto los pasajes más turbios de ese pasado. Es pesimista porque supone aceptar que, cerrado el futuro por completo, ya solo nos queda mirar al pasado. Aunque legítima a título individual, esta postura aporta poco a lo colectivo: mirar al pasado, sí, pero para aprender de los aciertos y errores,

no para regodearnos en viejas glorias muchas veces edulcoradas por una subjetividad parcial e interesada. Mal asunto.

La **optimista-fantástica** propia de las mentalidades sumarísimas, estas que lo arreglan todo en veinticuatro horas o de dos patadas, sea lo que sea que se esté tratando. No vale la pena detenerse en ella demasiado: solo sirve para una conversación de barra de bar después de la tercera caña, ese momento en que uno monta dos o tres negocios exitosos que hacen brotar las fuentes que llevan décadas secas y, con ellas, aparecen veinte parejas jóvenes con surtido de zagales que encuentran acomodo en el pueblo y reabren la escuela.

La **escéptica activa**: escéptica porque sabe que es fácil que acabe en fracaso dar solución a problemas de fondo que dependen de muchos factores que, en buena parte de los casos, no están en su mano directamente; y activa porque eso no es motivo para no intentarlo. La España vacía o vaciada o como queramos llamarla está ahí, y ocupa una buena parte del país –de hecho, ya sabemos que hay pueblos y comarcas enteras en bastante peor situación que El Hornillo y la comarca del Valle del Tiétar-. El éxodo



Escuela de El Hornillo.

comenzó a finales de los años cincuenta del siglo pasado y no ha dejado de aumentar hasta hoy, agravado, además, por un cambio en la concepción de la familia-tipo, que ha pasado de seis o siete miembros a tres, cuatro o cinco en el mejor de los casos. El hecho de que sea una situación generalizada en amplios territorios del país, hace pensar que será objeto necesario de reflexión y acción no solo en ámbitos locales, sino también en el ámbito del propio Estado e incluso en espacios más amplios, como la Unión Europea: de hecho, ya hay programas europeos -el Fondo Social, por ejemplo- y nacionales –el denostado por muchos PER, mismamente- que tienen entre sus objetivos paliar o combatir estos fenómenos de despoblación: otra cosa es que hayan tenido éxito o lo tengan en el futuro. Probablemente la clave esté en cambiar el orden de los factores: no esperar a que se nos propongan soluciones desde fuera –que se pueden o no adaptar a las circunstancias locales-, sino partir de las propuestas locales para luego buscar la colaboración (de financiación, etcétera) en las instituciones que se ocupan de ello. De todos modos, si no se quiere empezar la casa por el tejado y si de atraer gente joven, con hijos o en disposición de tenerlos, debemos delimi-

tar al máximo el terreno de juego: actividad económica (medio de vida), vivienda y servicios (sanidad, educación, comercio, ocio...) son los tres aspectos fundamentales. Como el desarrollo de una humilde reflexión sobre estos daría, cuando menos, para otro artículo de estas dimensiones, se me consentirá que no me detenga en asuntos de tan largo aliento en este momento de los preliminares.

La **optimista realista**: no difiere mucho de la anterior en la pretensión de entregarse a la reflexión y la acción para cambiar las cosas que no comparte o no cree que funcionen bien. Es realista porque sabe que no hay duros a peseta (euros a céntimo), soluciones fáciles a problemas complejos; pero optimista porque nada es definitivo y lo que ha ido mal puede cambiar de signo si se da con las teclas adecuadas. Ya habrá tiempo de tirar la toalla si no hay más remedio, pero, mientras haya resuello, no se escatimarán esfuerzos para buscar salidas en el atolladero: en la actividad económica, la vivienda y los servicios, que decíamos.

El catálogo será mucho más amplio, seguro, y animo al estimado lector, a la estimada lectora que haya llegado hasta aquí a que lo

complete. En todo caso, certezas hay pocas en asunto tan espinoso, pero sí hay una que me parece poco discutible: nada podrá hacerse si no se parte del máximo respeto a quienes están en el terreno, viven allí todo el año y hacen todo lo posible para mejorar las cosas porque les va el bienestar y el bien vivir en ello. Dicho esto, todo compromiso honesto (o sea respetuoso) y crítico (o sea razonado), venga de donde venga y de quien venga, debería ser bien recibido: empresa de tanta envergadura no debería permitirse renunciar a nada ni a nadie que pueda hacer alguna aportación, por humilde o minúscula que sea.



Pío Baroja.
Escritor de la Generación del 98.

La generación del 98 pudo errar en buena medida en sus propuestas, pero intentar, lo intentó... y dejaron obras memorables. Sin ánimo de caer en el exceso, en la exageración de compararnos ni con la grandeza de las pretensiones ni con el valor de aquella generación, y tras ajustar convenientemente el punto de mira, intentarlo es imprescindible: es lo menos que exige el guión cuando corre sangre por las venas y algo nos importa. Mejor escépticos activos que resabiados pasivos.



Herminio
Crespo
Moreno

Un futuro para el pueblo

Hace 60 años yo era un niño de ocho años y las calles de mi pueblo estaban llenas de gente atareada y de cagadas de animales (boñigas, cagarrutas); hoy tengo 68 y mi pueblo está casi vacío de todo ello la mayor parte del tiempo. Hoy trataré de escribir lo que me sale de dentro, compartir reflexiones acerca del futuro y lo que podemos hacer para mejorarlo. Pero para eso hay que hacerse preguntas, tal vez las viejas e importantes preguntas que todo humano debería hacerse y responderse alguna vez: ¿Quiénes somos; de dónde venimos; adónde vamos?; ¿Cómo queremos que sea nuestro pueblo dentro de diez o veinte años?; ¿Qué deberíamos hacer para conseguirlo?; ¿Estamos preparados?; ¿Podemos cambiar esta deriva hacia el aislamiento y la insignificancia?

Los tiempos cambian deprisa. Hace 60 años casi todo el campo se cultivaba, pero el pueblo apenas tenía universitarios o profesionales en distintos ámbitos; hoy vivimos la situación inversa: muchos hijos del pueblo han pasado por la Universidad o la FP, pero los campos se llenan de zarzas. Ahora pensemos, ¿cuántos universitarios o profesionales podrían trabajar y vivir de lo suyo en el pueblo? Sirva esto como síntoma y como ejemplo de la dificultad de vivir en El Hornillo a costa de sus recursos en el mundo de hoy. Si no me

equivoco, la época dorada de las cerezas y la del ganado también han pasado a la historia. Y a pesar de lo que acabo de señalar, todos coincidimos en que el pueblo es salud, que el contacto con la naturaleza te baja el estrés y mejora la calidad de vida, que no hay como nuestras castañas, cerezas, higos o manzanas etc.

Han pasado demasiadas cosas desde los años 50 o 60, una época en que estábamos saliendo de la postguerra, había vencedores y vencidos y ello te podía condicionar la vida, la gente se peleaba por las lindes o el agua del riego, venían veraneantes a las habitaciones de las casas privadas y la mayoría de la gente apenas tenía aspiraciones más allá de la supervivencia digna. En aquellos sesenta el país comenzó una época de desarrollo (inevitable pues estábamos hundidos después del aislamiento de la postguerra) y, como consecuencia, se produjo una ola de emigración muy importante que afectó a jóvenes, padres de familia y familias enteras: al norte (País Vasco, Cataluña), a Francia, Bélgica, Alemania. En aquella diáspora y en las posteriores la gente buscaba una vida más segura, un futuro para los suyos menos atado a los vaivenes o caprichos del clima. Y al tiempo pasábamos de la radio a la tele, muchas de las cuales venían en los equipajes de los emigrantes.

En los setenta algunos más nos fuimos del pueblo, pero durante las estancias de vacaciones y trabajos -yo lo recuerdo muy vital (también yo era más joven y vital)-. Digamos que la economía mejoraba y se hicieron muchas casas (bien es verdad que con escasa preocupación por la estética), lo que representaba trabajo, todavía había mucha gente y el pueblo era lugar de encuentro de los que se habían ido, de las familias, los amigos, etc. Y podemos seguir recordando las décadas siguientes, los 80, los 90 y la primera década de este siglo, como épocas brillantes para El Hornillo, en que el mundo y sus maravillas nos alcanzaban y alegraban la vida. A las fiestas tradicionales hay que añadir la época gloriosa de Las Canales y, finalmente, tras el nacimiento de las asociaciones, como La Risquera, los veranos se llenaron de actividades y alegría. Puede que algunos jóvenes no se acuerden, pero en la primera década del 2000, el fenómeno del Ecopop fue una bandera de orgullo, tanto para sus impulsores como para los que colaboramos de alguna manera. Fuimos referencia en la comarca durante años.

Las respuestas deben ser locales y deben partir de nosotros



Jose, Michel y Vicente en el montaje del Ecopop.

El declive que vivimos es cosa reciente y puede que, en buena medida, responda a un problema general (el lugar común es la España vaciada), pero nos afecta a nosotros, y las respuestas deben ser locales y deben partir de nosotros. Es muy posible que alguien que se ha dedicado a enseñar Anatomía Humana en Salamanca los últimos 40 años no sea el más indicado para hablar del futuro del pueblo, pero alguien tiene que hacerlo y yo pienso que, si he sido parte del problema, querría ser parte de las soluciones, porque aquí están mis raíces y algo más. Lo que digo es que deberíamos pensar qué queremos y ponernos manos a la obra, mirando hacia adelante, con la idea: ¿qué puedo hacer yo para mejorar la vida en el pueblo?

Con frecuencia he escuchado que los pueblos “empobrecen y embrutecen” o que “pueblo chico, infierno grande”. Ya se sabe que donde todo el mundo se conoce resulta imposible no estar en boca de cotillas, especialmente si sucede algo negativo. Digamos que es un precio que podemos pagar si no nos quedamos ahí, si empezamos a plantear que los pueblos pueden y deben salir de aquella miseria moral que se respiraba en mi infancia, en que las disputas o agarradas lo eran por cualquier nimiedad. No puedo proponer que nos olvidemos de lo que fuimos o de lo que pasó (por el contrario, creo que debería haber un foro donde reflexionar tranquilamente sobre las tragedias de la guerra y la postguerra, de las cuales casi nadie debería estar orgulloso y de las que solo hemos oído una parte de la historia), pero sí que lo superemos con generosidad y respeto de todos y por todos. Aquello les pasó a otras personas, con sus circunstancias, su humanidad, aciertos y errores, pero nosotros hemos de seguir, dejando de lado los egos y las rencillas que se heredaron y/o acumularon entre personas o familias.

Es fundamental que hablemos con los que piensan diferente

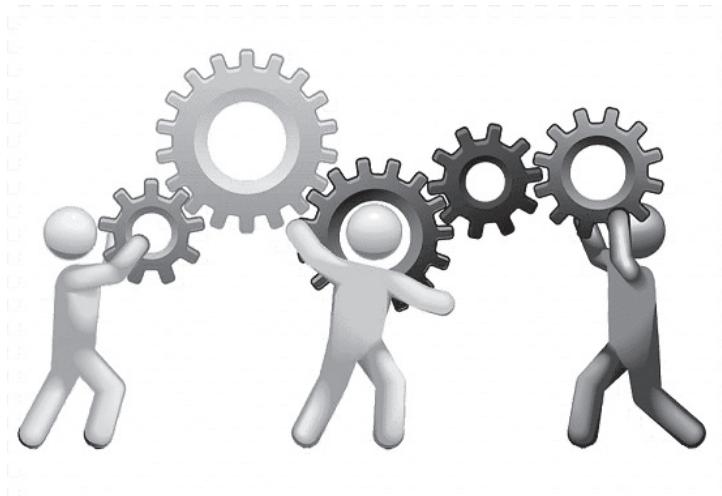
Estamos en la época de la comunicación que, paradójicamente, también lo es de la incomunicación, porque nos aislamos en burbujas donde solo se habla de lo que queremos oír y en la versión que nosotros sostenemos. Es fundamental que hablemos con los que piensan diferente. Es más constructivo y enriquecedor que hacerlo con los que piensan lo

mismo que nosotros, si se hace de manera civilizada y sin la posibilidad de que cualquier pensamiento distinto se convierta en una ofensa. Las opiniones son para contrastarlas, porque las opiniones no somos nosotros, nos vienen generalmente de informaciones externas, porque todos vemos apenas una parte de la realidad y necesitamos complementarla con otras miradas.

Necesitamos ponernos en el lugar del otro, de los otros, tanto a nivel personal como grupal e institucional. El ayuntamiento debería ser el de todos, un lugar al servicio de la gente, desde el que se pueden recabar opiniones sobre las necesidades del pueblo o hacer un listado de prioridades que tengan como objetivo el bien de la mayoría (somos cuatro gatos y mal avenidos). Nuestro egoísmo nos empequeñece y no nos deja ver que la mejor manera de promover los propios intereses puede que sea procurar los de todos. Es hora de pensar en grande, en el Hornillo de mañana; buscar ideas y los recursos, las subvenciones o el dinero para llevarlas a cabo. Puede que en ese sentido podamos aprender algo de nuestros vecinos arenales...

Nuestra naturaleza es un pequeño paraíso

La despoblación es un hecho, pero estamos mejor que otros: tenemos la suerte de que nuestra naturaleza es un pequeño paraíso que no dejará de atraer gente. Pues bien, todos sabemos que los visitantes pueden traer ingresos si se actúa adecuadamente, si se les proporciona algo más que alojamiento (comida, indicaciones, amabilidad), si se publicitan y marcan debidamente rutas de senderismo; en suma, si



se les facilitan las cosas (me parece un ejemplo la ruta “entre ríos” de El Arenal). Por otro lado, si llega alguien buscando un lugar para vivir, deberíamos abrirle los brazos y no mirarlo con sospecha, procurar que encuentren un sitio, ayudarlo. Reconozcámoslo, no somos los más amables de la comarca y tenemos fama de ello. Por otro lado, no sé si es posible aquí, pero hay muchos parques por toda España que limitan las visitas y/o cobran por entrar y estar en ciertos lugares. Deberíamos cuidar con todo cariño la zona de la Francisca, el charco verde y otras maravillas de nuestro entorno, para evitar que se degraden por el exceso de visitantes que no nos aportan nada.

Hablando del reto demográfico, veo que el Gobierno de la nación tiene un plan de 130 medidas, ordenadas en torno a diez ejes. Las medidas del Plan se financian en buena parte con cargo a fondos del «Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia» y con cargo a los presupuestos de 2021-2023. ¿Alguien se ha estudiado ese documento para concretar en qué podría aprovechar al pueblo?; ¿se ha realizado algún proyecto o solicitud en relación con alguna de las medidas?; No deberíamos dejar pasar este tren y es responsabilidad de todos.

Nuestro pueblo es ya un lugar en que los habitantes fijos son, en su mayoría, gente mayor. Además de la bendición de la Residencia de Mayores, ¿Tenemos algún plan para echar una mano a los que la puedan necesitar?; ¿Deberíamos tenerlo?

Estoy convencido de que nuestra comunidad puede mejorar en muchos aspectos simplemente con ser más humana. Para ello, si me permitís, parafraseando el Evangelio, necesitamos no prestar tanta atención a “la paja en el ojo ajeno” y fijarnos más en “la viga que tenemos en el nuestro”. También creo que es de espíritus nobles alegrarse del bien de los otros y compadecerse del mal. Yendo un poco más allá, creo que nos vendría bien no buscar las vueltas a lo que hacen otros y coincidir en que, si algo no hace mal a nadie y hace bien a alguien, deberíamos tolerarlo y no ponerle trabas. Es una sabiduría antigua: hoy por ti, mañana por mí. Vive y deja vivir!

El futuro vendrá, siempre lo hace, pero no es como la lluvia o el frío: depende de lo que hemos hecho y de lo que estamos haciendo o vamos a hacer; en definitiva, podemos en parte darle forma, hacer que refleje nuestros anhelos, nuestras esperanzas. Si no hacemos nada, ¿qué

esperamos obtener? En un año estaré jubilado, como tantos, y pasaré buenas temporadas en mi pueblo, con la familia y con mis amigos de ahora y de siempre. Me gustaría pensar en la gente de El Hornillo como una familia extendida con la que comparto una historia, así como el interés básico de preservar y mejorar lo que es el pueblo. Me gustaría vivir en un lugar de buena gente, noble y generosa, preocupada por sus vecinos tanto como por su medio ambiente; que ofrezca facilidades al que decida quedarse; un pueblo bien comunicado donde se pueda teletrabajar, pero donde nadie pase necesidad; un pueblo solidario, que disponga de lugares de reunión y comparta actividades que sirvan tanto al placer del cuerpo como del espíritu. Un pueblo centrado en la vida de calidad, a la altura del siglo que vivimos, que rezume alegría y buen rollo. Todo esto nos concierne y lo que hagamos o dejemos de hacer dirá hacia donde vamos. Amigos, nos vemos en la tarea!



Juan Luis Blázquez Arroyo

Conversaciones junto a un zarzal (XXVI)

La Risquera ha despertado

De nuevo estamos aquí. Esta mañana, 1 de noviembre del 2022, me he levantado muy temprano y lo primero que he hecho ha sido ir al baúl de los recuerdos a despertar a mis tres personajes: Guillermo, Víctor y Herminia. Han permanecido en silencio desde abril de 2020, que fue cuando se publicó la última revista de La Risquera, hasta diciembre de 2022 que vuelve a publicarse. A los síntomas de cansancio, tras dieciocho años de andadura, se sumó la pandemia que acabó de hundir nuestra Asociación en un letargo indefinido.

Entiendo que mis tres protagonistas estén un poco adormilados después de este largo paréntesis; aunque estoy seguro de que no tardarán mucho en ponerse en forma para contarnos todo lo que ha pasado, durante este tiempo en el que la Asociación ha permanecido inactiva.

Estarán deseando que alguien los escuche para poder contarlos. Yo los escucharé y luego lo contaré, como siempre, desde las páginas de La Risquera. Les agradezco, a estos tres intérpretes de la realidad de El Hornillo, que me tengan al día de cómo transcurre la vida en el pueblecito donde me dejó la cigüeña hace más de setenta años.

Hoy es un día de invierno de mediados de diciembre. Los tres amigos, bien abrigados, no perdonan el paseo por la carretera de Guisando. Esta mañana ha salido un sol radiante y lo quieren aprovechar. En estos dos últimos años y medio han pasado muchas cosas; pero lo que les ha dejado una visible huella, ha sido el arado del tiempo que clavó su reja pandémica en la frágil salud de tantas personas del pueblo.

Van hacia el puente en silencio. Quieren oír el ruido de agua del río que, este verano estaba ausente. Se paran a ver la corriente saltarina, mientras los recuerdos se agolpan

deseosos de convertirse en palabras.

Guillermo mira hacia el pueblo y dice:

—Ya no sale humo de las chimeneas. Ya los perros no ladran, ni hay nieve en la sierra; las puertas están cerradas, y las ventanas también. Por las calles no se ve un alma, y la soledad, puede que campe a sus anchas.

Víctor y Herminia permanecen quietos. No esperaban que su amigo manifestase sus sentimientos de una manera tan apesadumbrada; pero le entienden porque lo pasó



El Hornillo en 1916.



Mayores de El Hornillo.

muy mal a causa de la COVID y todavía arrastra algunas secuelas. Víctor reacciona y le dice:

—No me “joas” Guille. ¡Pero si parece que estás rezando un responso por el pueblo! Vamos hasta La Lobera y seguro que cuando volvamos verás las cosas de otra manera.

—Todo, en el pueblo, no es negativo, Guille. Ya sabes que la Asociación Cultural La Risquera se ha puesto de nuevo en marcha, y eso es una buena noticia. —le dijo Herminia mientras le cogía del brazo.

—Pues me parece muy bien que se vuelva a hacer la revista. ¿No recordáis lo chulas que quedaban las fotografías? Yo estaba deseando que repartiesen la revista en Navidad, San Marcos, y en el verano. Lo primero que miraba era la portada y la última página, que venían en color. En la portada aparecía el agua transparente del charco de La Tabla; los cerezos en flor, y también con unas cerezas muy apetecibles; las fotos de la sierra con nieve y sin nieve, y hasta en una portada aparecían las puertas más viejas de algunas casas del pueblo. La última página no se quedaba atrás y me dejaba con un regustillo

muy agradable; allí siempre encontraba niños jugando en el patio, las asociaciones celebrando alguna fiesta, el “Rincón de mis Recuerdos” ... Todo ello era una gozada. ¡Me alegra que vuelva! — Se expresó Víctor en un tono optimista poco común en él.

Guillermo fue recuperando, poco a poco, su estado natural y escuchaba a sus amigos con cierta satisfacción, al verlos tan ilusionados con la vuelta de La Risquera. Desde hacía mucho tiempo no había oído nada positivo sobre El Hornillo, y la conversación de Víctor y Herminia le reconfortaba. Ya sabía que la Asociación se pondría en marcha y que la revista se publicaría en Navidad y no podía por menos que manifestar la agradable sorpresa que se había llevado.



Niños en la carretera de Guisando.

— Por lo que sé, vuelve con fuerza. Conserva lo esencial de lo que ha sido la revista hasta ahora, y se introducen modificaciones de diseño y contenido. El logotipo será más atractivo, y el contenido se irá adaptando, poco a poco, a la realidad del pueblo y su entorno.

—Bueno, Guille; explícate mejor porque empiezo a no entenderte, ¿Qué es eso del logotipo?, y adaptarse a la realidad del pueblo y su entorno. ¿De qué va?

—Este hombre es duro de molle-
ra, ya empieza con sus cosas: que si no entiendo, que te expliques mejor, que si eres muy fino hablando... Haz el favor de escuchar y luego preguntas —le dijo Herminia.

Sin entrar en la discusión de sus amigos, Guillermo continuó dici-
endo:

—El logotipo es la señal de identidad de la revista, de tal manera que cuando alguien lo vea lo relacione con la Asociación y todo lo que ella representa, y adaptarse a la realidad del pueblo es hacer una revista que presente las cosas que tenemos por aquí y las historias que nos cuenten los hornillentos.

—Guille, eso está muy bien, pero yo creo que esta iniciativa tiene que ir un poco más allá. La realidad de nuestro pueblo es que está sufriendo un deterioro acelerado. Mira cual es el panorama: menos de trescientos habitantes, población envejecida, casas cerradas, fincas productivas que se pierden, un bar, una tienda, el médico que viene de vez en cuando, la farmacia que, probablemente, se cierre..., y además hay que añadir, ausencia de políticas reparadoras. Por todo esto creo que la Asociación Cultural la Risquera tiene que ser un revulsivo para generar una dinámica positiva capaz de revertir la situación. — Apostilló Herminia.

—¡Ole! ¡Ole! Y ¡Olé! por mi mujer. ¿Has visto lo bien que habla? Parece un libro abierto, Que te lo digo yo..., en mayo, alcaldesa. Mira por dónde, estoy de acuerdo con ella en todo lo que ha dicho.

Guillermo no tuvo más remedio que reír. — Víctor es un hornillento de pura cepa y está seguro de que, no tardando mucho, le dedicarán una portada de la renovada revista La Risquera—. Ahora le preocupa lo que acaba de decir Herminia sobre la realidad del pueblo. Está justificado el tono pesimista que utiliza al poner de manifiesto dicha realidad; pero cree que todo puede cambiar a mejor, si ponemos en marcha los medios a nuestro alcance con el combustible de la ilusión.

— ¿Qué os parece si echamos una mano a estos de La Risquera y les contamos lo que nos gustaría que saliera en la revista? Porque, al fin y al cabo, nosotros somos del pueblo y sabemos que es lo que se cuece en él —Dijo Herminia.



Vecinos en la plaza.

—A mí me parece muy buena idea, pues los pobres estarán dando vueltas y más vueltas a la cabeza pensando lo que van a poner en este primer número de la revista para llamar la atención. —Comentó Víctor.

Guillermo escuchaba con atención y se lanzó a explicarles lo que a él le gustaría que saliera en la revista.

—Para mí es muy importante que en esta etapa que empieza, se conserve el “sabor a pueblo” que hasta ahora tenía, y además se sepa añadir contenido que vaya en esta línea. Muchos de los promotores de esta interesante movida no están en el pueblo y pueden dejarse llevar por iniciativas muy interesantes; pero que no encajen en el modesto vestido de un Hornillo tan disminuido. Las demás asociaciones tienen que tener su espacio y poder contar lo que hacen, y también quedaría muy bien entrevistar a la gente del pueblo para que cuenten historias y expresen sus inquietudes.

—A mí que no me quiten las fotos.

Siempre me ha intrigado la cantidad de fotografías que se han publicado en La Risquera con los pocos fotógrafos que venían por el pueblo. Además, siempre he echado de menos una página donde se cuenten buenos chistes — Recalcó Víctor.

—Pues yo tengo mucho interés en ver cómo se van introduciendo cosas nuevas y que sigamos saboreando ese “sabor a pueblo” que decía Guille. —Dijo Herminia mientras hacía una señal para volver al pueblo.

Volvieron cuando todavía el sol se despedía de las últimas casas de El Manco. Atravesaron de nuevo el puente, sin pararse, y quedaron en encontrarse con algún responsable de La Risquera para contarle las ideas que tenían sobre el contenido de la revista.

**Jesús
Blázquez
García**



El Rincón de la Cultura

Una de las últimas y ventosas tardes de verano, ocurrieron una serie de extraños acontecimientos en el cementerio. Primero se produjo un pequeño incendio. Poco después desapareció una letra Z. Cuando digo que desapareció, me refiero a que estaba en el nombre inscrito en una lápida y un minuto después ya no había rastro de ella. Finalmente, una familia de jabalíes asustados cruzó como un cometa los siete bancales que descienden en cascada desde la regadera de la carretera de Guisando hasta el camposanto.

Días más tarde, pensando en el recuerdo de aquel divertido revuelo, me vinieron a la mente tres pequeñas maravillas escritas hace algún tiempo, tres libros-lugar tejidos con tanto esmero y tan sutil ironía melancólica que parecían apropiados regalos para comenzar a llenar la biblioteca esquinera de este discreto rincón.

I

El pequeño incendio ocurrido esa tarde en el cementerio fue causado por una vela que había quedado encendida en el saliente de uno de los nichos de piedra. Derribada la candela por el viento, el plástico rojo que protegía la llama había comenzado a arder y el fuego se extendía muy lentamente por las flores secas

esparcidas a su alrededor.

La llama de las velas suele acompañar a la piedra en la función del recuerdo, un recuerdo en el que también participan a menudo las yemas de los dedos. En los cementerios y memoriales se depositan piedrecitas y se tocan las manchas aparecidas en el mármol y el granito o los nombres inscritos de los desaparecidos. Así puede ocurrir en una lápida en la vía Mazzini de Ferrara, junto a la sinagoga de la ciudad, con la lista de los vecinos judíos deportados a los campos de exterminio. O en el interminable muro del Memorial por los caídos en las tinieblas de la guerra de Vietnam, en Washington D.C. o en el antiguo campo nazi de Bochenwald, en el que el tacto, el fuego y la piedra van, nunca mejor dicho, de la mano. Y es que allí, una losa conmemorativa se mantiene siempre a la temperatura del cuerpo humano, 37 grados, para que los visitantes que se arrodillen a tocarla puedan recordar el calor de los ausentes, incluso en invierno, cuando la nieve cubre todo el lugar excepto la superficie de la piedra viva.

Y luego está la escritura, claro. Una de las formas escritas que perdura desde hace siglos es la de los epigramas, poemillas de distinto tema que en la antigüedad griega se asociaban muy

habitualmente con pequeños recordatorios a los soldados caídos en la batalla y más tarde con los epitafios.

Precisamente, una antología de epigramas griegos fue el fabuloso regalo que Edgar Lee Masters recibió en su pueblo de Illinois de un amigo que quería compensarle por su exclusión de la facultad de letras. Masters acabó estudiando leyes y defendiendo derechos civiles en Chicago, pero de alguna manera, aquel regalo debió de ayudarlo a llegar a la literatura. Su *Antología de Spoon River* vendió 80.000 ejemplares en el año de su publicación, 1915, y desde entonces no ha parado de reeditarse y enseñarse en las escuelas. Quienes se adentren en ella se irán encontrando con las voces de los ciudadanos de Spoon River que, citados ya como iguales en el cementerio, componen un irónico ramillete de poemas-epitafio, de vidas narradas.

Por contraste con los cantos que los vivos ofrecían a los soldados caídos por la patria en los epigramas griegos, algunas de las voces que en Spoon River nos cuentan su propia vida y destino pertenecen a los milicianos muertos en la reciente guerra civil entre Norte y Sur. Y así, al estilo de lo que luego harán Bertolt Brecht (*Abecedario de la guerra*) o Max Aub (*Lamentos*

del Sinaí), se manifiesta la empatía con las víctimas inocentes, con los hombres y mujeres que, sea cual sea el bando, sufren la violencia de la guerra.

Después de su éxito, que ya no se repetiría más, Masters se divorció, vivió largo tiempo escribiendo en el famoso Hotel Chelsea de Nueva York, residencia durante décadas de artistas de todo pelaje, y acabó muriendo alcoholizado y atormentado por la inseguridad que le provocaba la intermitencia de sus capacidades literarias.

II

La repentina desaparición de la letra Z del nombre grabado en la lápida ante la que nos encontramos, me llevó a un segundo libro-lugar: *Ellis Island* (1980), cuyo autor, Georges Perec me merece un afecto infinito.

Cuenta Perec en sus recuerdos de infancia cómo se fue transformando su apellido a medida que sus antepasados emigraban, de manera que nombre y geografía familiar parecieran confluir en su naturaleza provisional: el sefardí Pérez, habría pasado a ser Peretz en Polonia y Rusia durante unos cuantos siglos, hasta que en algún momento perdió la t y la z para acabar afrancesado en Perec. Este apellido habría rimado bien con los nombres adoptados por los padres del escritor -André y Cécile- para esconder su identidad judía durante la ocupación nazi de Francia, precaución que no les sirvió de mucho, pues su padre moriría en 1940, por causa de las heridas de la metralla, en la iglesia-hospital de Nogent-sur-Seine y su madre sería deportada a Auschwitz en 1943.



Tal vez fuera este el motivo por el cual, a finales de los setenta, Perec acudió a Ellis Island, un islote de poco más de once hectáreas en el puerto de Nueva York, con el propósito de rodar un documental acerca del lugar, recién declarado Monumento Nacional. Entre 1892 y 1924 el islote había sido primera parada en América de los más de dieciséis millones de emigrantes europeos que -como el Karl Rossman de Kafka- llegaron desde el viejo continente tras unas tres semanas de viaje. En los trámites de admisión, muchos de los mi-

grantes europeos que fueron allí recibidos, aprovecharon el nuevo comienzo para cambiar sus nombres familiares por versiones más próximas a la sonoridad del inglés americano, como Adams, Ferguson o Rockefeller.

Ya en 1979, durante los días en los que Perec estuvo rodando en la isla, la mayoría de los visitantes que encontró eran descendientes de aquellos que, muchos años antes, habían pasado horas inciertas en aquel lugar de tránsito y triaje. Los visitantes del monumento iban en busca

de su prehistoria personal entre la maleza, las ruinosas instalaciones y los objetos banales que, después de muchos años, aún quedaban en la isla. Una prehistoria, por cierto, que era también la del país, pues esos mismos antepasados suyos eran los que habían construido los puentes y las carreteras, los que habían trabajado en las fábricas, los que habían realizado los trabajos más esclavos que pueda imaginarse.

Perec, sin embargo, debió de acudir a Ellis Island en busca de algo diferente. No pretendía encontrar allí un rastro de su estirpe, sino que, precisamente porque había perdido casi toda huella de su identidad judía, comprendía y asumía su *deber de memoria*. Y quería cumplirlo a través de un ritual de escritura, de un pensamiento del recuerdo, fijándose en un lugar no específicamente judío, Ellis Island, pero lleno de interrogantes entre dos realidades inciertas: la errancia y la esperanza.

III

El último de los extraños acontecimiento de aquella tarde de verano fue la huida de una pequeña manada de jabalíes entre bancales, tumbas y pinos. Como en los casos del incendio y de la desaparición de la letra Z, ese pequeño suceso acabó llevándome a un tercer libro-lugar que, como los anteriores, remite a un territorio lejano, pero no distante: un pueblecito costero y boscoso de Maine. En ese estado nació en 1849 Sarah Orne Jewett, la hija de un médico rural.

A pesar de ubicarse en la región de llegada de los primeros peregrinos ingleses, en su libro más querido, *La tierra de los abetos*

puntiagudos (1896), el único rastro del mito de la América rural es el oleaje de una tierna ironía sobre el paraíso perdido. Frente a una idea del medio rural como lugar incólume en el que permanecería la pureza fundacional, la realidad -parece decirnos Jewett- siempre es mucho más rica, profunda y extraña (baste pensar en las *idílicas Twin Peaks* o *Cabot Cove*).

Sí hay, en cambio, en Dunnet Landing, que así se llama el pueblito, dos rasgos sutilmente diferentes. El primero es una cierta nostalgia por el esplendor pesquero del pasado, sin que en sus personajes se perciba la amargura que se contiene en las voces de *Spoon River*. El segundo es que, aunque no estemos ante el mítico jardín del Edén, tampoco parece imposible encontrar en las páginas de este libro-lugar una vida buena, un espacio que nos sostenga. Tres de las mujeres protagonistas nos darán aliento para ello: una escritora que llega, una viuda recolectora de hierbas silvestres y su casi centenaria madre.

Es Jewett una “pequeña” escritora en el sentido dado al adjetivo por Natalia Ginzburg: grande en su escritura, discreta en su fama y en su vanidad. Y resulta agradable pensar en su recuerdo, pensarla sabiendo que la leemos en otra pequeña comunidad rural en la que abundan las coníferas y las hierbas curativas.

...

La lectura es un hábito que cuando se adquiere, rara vez se pierde, pero que, como todos los hábitos, requiere práctica, paciencia y confianza en uno mismo. Se comprende entonces



que el disfrute de la lectura es un regalo para la experiencia, pues no solo nos permite aovillarnos en un espacio íntimo, sino que nos convierte en esperantistas y nos acerca a todas las vidas posibles. La lectura, como la escritura, permite prestarle más atención a la vida, cuidar mejor y saber apreciar.

Raúl Saugar Álvarez



Poesía De Pedro Jiménez Jiménez

Los Años Perdidos

Amistoso saludo a mi pueblo de El Hornillo
Año 2022 Navidad



En un otoño caluroso han vuelto las lluvias el clima es bastión dominante que a la naturaleza ayuda.

Con tristeza y dolor siento tan perezosa motivación en los últimos días del otoño respirando frescura y buen olor.

Bien parece que fue ayer ya tres años sin cosecha dando vueltas por el desierto por fin llegamos a la meta.

¡Y me pregunto preocupado! Cómo estás mi viejo Hornillo hemos construido algo o seguimos haciendo bolillos.

Algunos se ausentaron ya no están con nosotros nadie se olvida ni cambia el dolor por otros.

Para ellos la gloria y la vida eterna porque dejaron de sufrir y de ver cosas maltrechas ancladas en su vivir.

Algunos han nacido nuevamente pronto se darán cuenta que la vida en el pueblo nadie la alimenta.

Aun perdiendo mucha cultura ya no tenemos ni escuelas quizás como casa rurales den servicios a otras encomiendas.

No puedo ocultar mi tristeza cien años construyendo cultura hoy que todo se paga comemos el pan sin levadura.



A dónde caminas pueblo mío con estos mayores castigados ni un rincón les dejas para no verse atados.

A quien debemos dar las gracias por esa hermosa residencia cuántas cosa más podías tener si tuviéramos más conciencia.

Estos son los cultos dignos que merecen los altares las personas constructivas que luchan sin ideales.

Hemos pasado una etapa larga desastrosa hasta la infame guerra nos amenaza aún quedan jóvenes para exigir buscar culturas de buena usanza.

Ya en estos días que vivimos buscar las sanas costumbres con ingeniosa tolerancia abortaran infieles pesadumbres.

No vivir distraídos con ese gobierno tan poco sentimental el pueblo necesita apoya digno las rigurosas leyes para la ciudad.

Así cada día más pequeño como el río empobrecido con sus aguas cristalinas pero muertos los sentidos.

Cuando más falta nos hace alguna puerta se cierra un amigo que se jubila y sin luto ni pena nos deja.

El rincón más carismático convirtió su ambiente en soledad única plazuela y descanso viendo la fuente llorar.

Y ya otra Noche Buena más dónde vamos a cantar con las calles desiertas y las tabernas cerrás.

Angustiosa vida del mayor encerrado siempre en casa si puede mover su cuerpo o tiene ayuda de la blusa.

A todos les daría un consejo cuando llegan las elecciones atenerse con exigencia valorando sus decisiones.

Todos prometen la gloria con los hijos de Saturno y Neptuno acabada la contienda veremos si hay santo alguno.

Así nacerán vivencias factibles en un pueblo que se ausenta solo en los días de cosecha nos arreglamos para hacer presencia.

Con cariño y nobleza te saludo La Risquera siempre noble como las piedras yo sigo siendo el mismo rui señor que te adora como a las estrellas.

Lleno de luz y sentimiento Con a aquellos ojos humedecidos que mirando hacia el cielo lloraban de emoción agradecidos.

Pedro Jiménez Jiménez





Un lugar común para varias generaciones de niños y niñas de El Hornillo es el aula de párvulos de la escuela pública. El aula, hoy vacío, está situado en la parte más alta del edificio. Se accede a él a través de unas escaleras anchas y luminosas. Tiene el suelo de madera desgastada por las carreras incansables de los niños y niñas y las paredes pintadas y coloreadas con dibujos amables de animales y de niñas corriendo entre flores. Y en aquel aula nos soltaron las manos nuestras madres para que emprendiéramos un viaje hacia adelante, hacia el tiempo bien llamado porvenir. Y allí estaba Serafina Crespo Sastre, “Doña Seruque” nuestra guardiana entre el centeno de un otoño semejante a la primavera. Aquel tiempo no lo hicimos nosotros.